

# 1

Nunca le había gustado Londres, ni siquiera antes, cuando no había estado nunca y lo único que sabía de la ciudad era lo que había leído en algún libro o visto en películas o series inglesas. A diferencia de su hermana, a quien siempre le había fascinado todo lo anglosajón en general y la capital del viejo imperio británico en particular, a Charlotte, Londres siempre le había parecido gris, oscura y con demasiada gente. Había decidido instalarse allí por eso, por lo poco que le gustaba y porque allí podía acabar con sus estudios tal y como había prometido que haría.

Tampoco le gustaba hacer promesas, esa había sido una excepción. La idea de romperla se le había pasado por la cabeza seguida de un reguero de culpas: culpa por lo que había sucedido, culpa por las decisiones que había tomado, culpa por todo. Culpa seguida de un enorme vacío. No tenía sentido que se sintiera culpable, ya no, igual que tampoco lo tenía que incumpliera esa promesa, la última que iba a hacer. La única.

Había ocasiones, instantes, en los que deseaba poder cambiar, porque tal vez así sentiría que quedaba algo de vida en ella. Porque quizá entonces una chispa volvería a brillar y a calentar el frío y árido interior en que se había convertido su corazón. Pero solo era una ilusión, todo había quedado atrás.

Lo único que se había llevado de casa era su bici amarilla. Iba con ella por la ciudad. Ese detalle podía parecer absurdo a simple vista, pero esa bicicleta amarilla era lo único que se había llevado de casa y cuando se montaba en ella cerraba los ojos unos segundos y fingía que todo eso era solo una pesadilla de la cual algún día despertaría. Después, abría los párpados y recordaba que no, que su vida ahora era eso. La universidad donde estudiaba, la Royal Holloway, estaba cerca

del aeropuerto. No iba hasta allí en bici, iba en tren; la bicicleta amarilla la acompañaba hasta la estación de tren y la esperaba hasta que regresaba horas más tarde. Habría podido alquilar un piso más cerca de la universidad, supuso mientras esquivaba un taxi, pero Egha, el enclave donde se encontraba la universidad, aún le gustaba menos que Londres. Al menos el ruido de la ciudad enmudecía los recuerdos, en el campo de Surrey había demasiado silencio.

Tampoco le importaba, en realidad.

Llevaba la música muy alta y los auriculares, metidos en los oídos, no se caían gracias al gorro que se había puesto para apartarse el pelo de la cara. No le veía sentido a llevar casco, a ella ya le había pasado lo peor que podía pasarle. Caerse al suelo y romperse la crisma no le parecía nada por lo que debiera preocuparse.

—¡Eh, cuidado!

Sin embargo, no le gustaba que los taxistas le diesen golpes con los retrovisores y que pasaran junto a ella sin tener cuidado.

Vivía en la zona de Southbank y, aunque no lo hacía en la parte turística, esa semana ya les había indicado a dos japonesas y a una alemana donde se encontraba el London Eye. Bajó de la bicicleta, se la cargó en el hombro y subió la escalera hasta su apartamento; lo había alquilado por Internet. En realidad era más pequeño de lo que anunciaba la inmobiliaria, pero no podía quejarse. Había pagado varios meses por adelantado, no le habían hecho demasiadas preguntas y el agua caliente funcionaba.

Dejó la bici apoyada en la pared y se quitó el gorro y los zapatos. Iba a prepararse un té y a seguir buscando trabajo. Necesitaba algo que se ajustase a su horario y, a poder ser, agotador. Era lo único que le funcionaba para dormir un poco; no iba a volver a tomar pastillas nunca más, la aturdían y ella no quería eso, necesitaba ser consciente de todo. El agua hirvió, la vertió en la tetera en la que acababa de poner dos sobres y se instaló en la mesa. Había hecho acopio de todas las revistas que había encontrado en las tiendas del barrio, allí solían haber anuncios de trabajo de la zona, y buscó también su portátil para hacer algunas consultas. El edificio tenía una wifi excelente, en eso no había mentido la inmobiliaria.

Las clases de ese día no habían sido nada del otro mundo, sus preferidas. Se había limitado a escuchar, tomar apuntes y esperar a

que sonase el timbre que indicaba el final de una y el principio de otra. La gran mayoría de alumnos del último año tenían una actitud impaciente, como si no pudiesen esperar a que llegase el último día. Ella, sin embargo, se limitaba a dejar que pasasen las horas unas detrás de otras. Había creído que no volvería a la universidad, que había dado por zanjado ese capítulo. No se le había pasado por la cabeza volver, y allí estaba. Tenía que estar allí, acabar con ese último curso que había dejado a medias años atrás y después ya vería qué hacía.

Tal vez nada.

Esa nada que no paraba de crecer y acabaría engulléndola. No estaría tan mal y era justo lo que se merecía, aunque aún no había llegado el momento.

Se llevó la taza a los labios y se quemó. Justo entonces oyó el sonido de unas pisadas acompañadas de unas risas en la escalera, sus vecinas habían vuelto a casa. Eran dos chicas amables, habían intentado darle conversación días atrás y ella había estado arisca. Dudaba que volviesen a intentarlo. Tendrían más o menos su edad, probablemente allí acabarían sus semejanzas. Aunque esos últimos meses hubiesen sido completamente distintos, ella no tendría nada en común con sus vecinas. Volvió a acercarse la taza, esta vez con algo más de cuidado y, al comprobar que no quemaba, bebió un trago largo de té. La lluvia no la había pillado, pero acababa un poco helada al pedalear cerca del río. Puso en marcha el ordenador y fue directa a una web de empleo, tecleó el nombre de la ciudad y seleccionó unos barrios concretos. No tuvo suerte. Abrió una de las revistas. Ella había dado por hecho que ya no existían esa clase de publicaciones gratuitas y la realidad le había demostrado lo contrario. Un anuncio captó su atención de inmediato: una librería, The Scale, buscaba un empleado con flexibilidad horaria. No había más detalles, se citaba la dirección del local, que casualmente conocía pues había pasado por allí unas cuantas veces, y se requería a los interesados que mandasen el currículum a la atención de Gema. The Scale era una librería bastante antigua y también famosa, de esas que aparecen en las guías turísticas y en las fotos de los blogueros viajeros. Había oído hablar de ella en la universidad, porque su originalidad radicaba en que vendía libros cuyo argumento giraba en torno a la música, ciertos instrumentos y también partituras y libretos.

Tal vez debería de olvidarse del anuncio.

«Cobarde».

La palabra resonó en su cabeza y arrancó la hoja de la revista para colocarla con un imán en la nevera. Ella no era cobarde, lo que estaba haciendo no tenía nada que ver con la cobardía ni con la valentía, era sencillamente lo que tenía que hacer. Dado que estaba en la cocina, que en realidad solo estaba separada del comedor por una barra americana, decidió abrir el paquete de galletas y tomarse unas cuantas con el té. Prepararía un currículum y al día siguiente lo dejaría en The Scale; si la llamaban, iría a la entrevista y si no, seguiría buscando trabajo. Se había imaginado de camarera en algún restaurante de la ciudad o de dependienta en alguna sección de unos grandes almacenes. La música ya no formaba parte de ella, la había arrancado de las puntas de sus dedos, de sus oídos, incluso de sus sueños. Entonces, ¿por qué iba a dejar el currículum en The Scale, una librería en la que a todas luces volvería a estar rodeada de instrumentos, músicos y partituras?

Porque sintió que era una señal, una especie de mensaje de su hermana. Una estupidez.

Si no hubiese visto el anuncio, se maldijo de nuevo, pero no le duró demasiado.

Oyó más ruido en el piso de arriba, las notas de una canción de moda bajaron por el hueco de la escalera. Charlotte buscó los auriculares, le habían costado una fortuna, pero habían valido la pena, eliminaban cualquier sonido del mundo exterior, con ellos quedaba completamente sorda.

Sumida en ese silencio tan postizo y absoluto abrió la bolsa y sacó al azar uno de los libros de la facultad. Lápiz en mano repasó los apuntes del día y no pensó en nada, no le asustó comprobar que cada vez se le daba mejor fingir que estaba completamente sola en el mundo y que no importaba.

Horas más tarde cerró el libro, bebió una taza de té frío y comió tres galletas de chocolate antes de dirigirse al dormitorio y prepararse para acostarse.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, vio que la pantalla del teléfono móvil brillaba. Tenía un mensaje de su hermano: «Esto que estás haciendo es una tontería. Vuelve a casa».

Le habría gustado ser capaz de borrarlo; no, le habría gustado no temblar cuando leyó las dos líneas que había escrito Thomas y le habría encantado no derramar ni una lágrima, ni siquiera esa que se deslizó por su mejilla y que se secó con rabia. No lo borró, pero se obligó a no pensar en él mientras se duchaba y vestía para empezar el día.

Pedalear le sirvió para sacar parte de la frustración y de la rabia. Cruzó el puente y se dirigió a The Scale. Había impreso el currículum tras comprobar que los datos fuesen correctos y no contasen demasiado. Charlotte no quería mentir, tampoco le hacía falta, pero en el improbable caso de que alguien de The Scale le hablase de Nashville, ella se iría sin más. La librería estaba abierta pero desierta de clientes. Era temprano y no era la clase de establecimiento al que acudías para comprar un periódico o una revista junto con un café para llevar. Dejó la bicicleta junto a una papelera en la esquina, no quería perder el tiempo buscando un lugar mejor, y entró quitándose el gorro de lana.

—Hola, buenos días.

Había una chica detrás del mostrador de madera, estaba abriendo una caja de cartón y levantó la mirada al oírla.

—Buenos días.

Charlotte pasó junto al piano que había a seis pasos de la entrada, tenía el taburete gastado de la gente que se sentaba en él para tocarlo. En la universidad había oído a hablar de los conciertos que se organizaban allí, aunque nunca había asistido a ninguno.

—Hola —repitió casi para obligarse a no acercarse al instrumento—, vengo a dejar el currículum. Leí el anuncio en la revista.

La chica la miró sorprendida durante unos segundos.

—Claro, el anuncio —reaccionó al fin—, perdona, aún estoy algo dormida.

Charlotte dejó el papel encima del mostrador sin demasiadas ganas.

—No te preocupes. Gracias.

La chica bajó la vista y empezó a leer.

—Aquí dice que estás en el último año de música.

—Sí. —Charlotte se arrepentía de no haber dado media vuelta y haberse dirigido a la puerta. No tendría que estar allí y sin embargo había ido por voluntad propia porque había sentido que tenía que hacerlo. Todo eso era una monumental estupidez.

—Se lo daré al jefe, tranquila. Tengo el presentimiento de que te llamará, eres la primera en aparecer y tu aura encaja con la mía.

Ella quería decirle que no lo creía así, que lo más probable era que cuando ese jefe viese el currículum no le llamase especialmente la atención. Aun así, le respondió y se contuvo de no mencionar nada sobre su aura.

—Si tú lo dices...

—Genial, yo soy Gema. —Le tendió la mano y Charlotte la aceptó—. Creo que nos llevaremos bien.

—Claro.

Si algún día coincidía de verdad con Gema en alguna parte, le diría que no podía ir por la vida haciendo esa clase de afirmaciones ni hablando de auras con desconocidos.

Sonó el teléfono, Gema encogió los hombros en señal de disculpa y contestó. Charlotte aprovechó para irse de allí. Mientras le quitaba el candado a la bicicleta vio a dos chicos de unos dieciocho años entrando en The Scale con lo que parecían ser unos currículums bajo el brazo, y pensó que ellos encajarían a la perfección con lo que fuese que estuvieran buscando en la librería y con el aura de Gema.

Pedaleó aún más rápido que antes y se dirigió a la estación. No hacía el mejor tiempo del mundo para ir en bicicleta, pero estaba acostumbrada. La lluvia le parecía bien y el gorro la protegía lo suficiente para no tener aspecto de loca cuando llegase a clase. Si quisiera podría coger el metro a pocos metros de su casa y viajar casi directamente hasta la Royal Holloway. Unas semanas atrás, una mujer que se había sentado a su lado en el vagón había insistido en explicarle todas las combinaciones posibles de trenes y metros después de arrancarle donde estudiaba —Charlotte no entendía la necesidad que tenían ciertas personas de entablar conversación con desconocidos—, pero ella quería ver el cielo durante unos minutos, tenía la sensación de que así estaba un poco menos sola. Si pudiera, iría en bicicleta de Londres a Egham, pero se conformaba con pedalear por unas cuantas calles.

Llegó a Victoria. Había elegido esa estación porque disponía de un aparcamiento para bicicletas cubierto y con cámaras de seguridad. Dudaba que las cámaras sirviesen de algo y dudaba aún más de que un ladrón se interesase alguna vez por su bicicleta amarilla, pero aun así aparcaba allí desde el primer día. Bajó a la estación, los primeros minutos no solían ser un problema, el sudor frío empezaba después y también las náuseas. No tenía claustrofobia, lo que le pasaba no tenía nada que ver con que estuviera encerrada en un vagón de metro, de tren o de lo que fuera, tenía que ver con que era incapaz de hacer ese trayecto sin pensar en el motivo que la había llevado hasta allí. Respiró por la nariz y se quitó el gorro, tenía un calor espantoso a pesar de que todavía tenía gotas de lluvia en el pelo y en la cara.

El altavoz de la estación anunció su tren y corrió hacia el andén. Si lo perdía tendría que quedarse allí hasta que pasase el siguiente y no estaba segura de poder soportarlo. Tenía miedo de irse y de no seguir adelante. La presión que le impedía respirar y las náuseas se hacían soportables cuando llegaba a la universidad y la actividad la envolvía, lo único que tenía que hacer era entrar en ese tren. Llegó a tiempo, la puerta se cerró tras ella y tras un pitido se pusieron en marcha. Se dejó caer en una silla, dejó el bolso en la de al lado y se secó la frente. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventana. Cuando llegó a su destino tenía las marcas de las uñas en las palmas de las manos, pero un día más había conseguido llegar a clase y no traicionar la poca verdad que le quedaba.

Las clases de ese día eran tan aburridas como las del día anterior. Cualquiera que dedicase unos minutos a leer con atención la lista de asignaturas en las que se había matriculado Charlotte se daría cuenta de que cumplían dos objetivos: el primero, reunir los créditos necesarios para terminar la carrera de música; el segundo, no tocar ningún instrumento y no acercarse ni por casualidad al solfeo. No tendría que haber sido posible. De hecho, cuando ella rellenó los papeles estuvo tentada de acercarse al empleado que la atendió para preguntarle si era correcto. Nadie tendría que terminar esos estudios sin tocar, escribir o leer una nota durante un año. Era lo que ella quería, sin embar-

go, le parecía absurdo y cruel que el destino hubiese decidido concederle precisamente ese deseo.

Entró en el aula 121, los números capicúa la hacían sonreír; era una de las pocas verdades sobre ella que no habían cambiado. Se sentó en el fondo. Desde que había empezado el curso nadie le había dirigido la palabra y, si de ella hubiera dependido, habría seguido así hasta el último día. Pero ese día ya había empezado con mal pie y tenía sentido que nada le saliera según lo previsto.

Un chico se sentó a su lado.

—Hola.

Decidió ignorarlo. Pero al cabo de un segundo el chico dejó un papelito con una carita sonriente sobre la mesa. Se giró hacia él, le había visto por el pasillo, nunca estaba solo y por el cuello de las camisetas que llevaba se escapaba el final de un tatuaje que Charlotte intuía le bajaba por el brazo. Por su mente desfilaron las escenas de esas novelas que solía leer en verano cuando su vida era otra y pensó que esa parecía sacada de una ellas.

—Estás sonriendo —le dijo él—, creía que siempre tenías esa mueca asesina fija en el rostro.

—No estaba sonriendo.

—Lo estabas. —Se sentó cómodamente—. Quiero saber por qué.

—Pensaba que pareces sacado de una mala película romántica.

Él sonrió.

—Eres más psicópata de lo que pensaba. Me gusta. —Le ofreció la mano—. Me llamo Clarence y mi novia se alegrará mucho de conocerte.

Charlotte tuvo que sonreírle.

—Hola, Clarence, yo soy Charlotte. Pero prefiero que me llames Lottie, si es que tenemos que seguir hablando.

—A mí me llaman Trace, sí, es horrible, lo sé. Todo empezó por el tatuaje. Fue una estupidez. —Señaló el tatuaje de una fórmula matemática que tenía en la muñeca, una matriz. Trace en inglés—. Nunca hagas una apuesta con un amigo que estudia física matemática. Al menos no me obligó a tatuarme el número pi, odiaría ser un cliché.

—Genial, Trace, y ahora que nos conocemos, ¿te importaría callar un rato? Quiero escuchar la clase.

El profesor entró y Trace se giró una última vez hacia ella.

—Tienes que venir a cenar con nosotros. Nora quiere conocerte, sufre porque siempre estás sola. —Se encogió de hombros.

—Dile a Nora que no se preocupe. —Charlotte no tenía ni idea de quién era la tal Nora, aunque supuso que sería la novia que él había mencionado antes. Pensó en esa señora del tren de semanas atrás, la que había insistido en explicarle los entresijos del sistema ferroviario inglés, y también en Gema, la chica de The Scale. Se suponía que los británicos eran altivos y antipáticos, pero a ella parecían dispuestos a demostrarle lo contrario—. Estoy bien así.

—Esto es la facultad de música, hay un alma torturada en cada pasillo, así que no te hagas la interesante, Lottie. No podrás resistirte a Nora, yo lo intenté y llevamos tres años juntos.

—Cállate.

Él se quedó en silencio y anotó algo en un papel, lo rompió y se lo pasó a Charlotte.

—Es la dirección del local donde ensayamos. Ven mañana, conocerás a gente.

No le dijo nada más durante el resto de la clase.

Charlotte pensó que entre Gema y Clarence le habían estropeado el día completamente. Pero cuando fue a buscar el tren para volver a Londres recibió una llamada que lo empeoró. Era el propietario de The Scale, el señor Vila, su currículum era el que más les gustaba y querían contratarla. ¿Por qué les habría dejado el currículum? No se sentía capaz de trabajar allí... sin embargo, sin saber cómo, le dijo que sí, que no tenía ningún problema en empezar esa misma tarde.

Charlotte dudaba mucho que lo hiciera.

Unos minutos después ya no tenía ninguna duda al respecto, en cuanto llegase a casa lo llamaría y le diría que había cambiado de opinión. Él probablemente se sentiría aliviado, visto estaba que ella no era de fiar y que era una veleta emocional, y lo cierto era que no estaba preparada para estar cerca de un piano. Lo mejor sería que siguiese buscando un trabajo de camarera.

«O siempre puedes volver a casa».

Ese día no había logrado mantenerse firme en nada, no había borrado el mensaje de Thomas, había aceptado un trabajo relacionado directamente con la música, aunque iba a dejarlo antes de empezar, y hasta había conocido a alguien en la universidad. Trace la había salu-

dado al irse y una chica preciosa con el pelo azul oscuro, también. Dedujo que era Nora y tuvo que reconocer que Trace tenía razón, la sonrisa de esa chica era contagiosa y resultaba casi imposible resistirse a ella; aun así, Charlotte lo había conseguido. Al menos por el momento.

Podría haber tirado el papel con la dirección, aunque tampoco habría sido un gesto tan dramático porque, después de haberla leído una vez, la recordaba a la perfección. No era difícil, estaba a pocas manzanas de su casa. El tren se detuvo y, al reanudar, la marcha titubeó un poco. Charlotte sintió que entendía perfectamente el comportamiento de esa máquina. Ella había vuelto a empezar, al menos por un tiempo, o eso suponía; sin duda prefería esa definición a la de su hermano, que insistía en que únicamente había huido. Esa mañana llena de acontecimientos había sido como un campesino plantando semillas. Tenía que decidir si dejaba crecer esas plantas o si las dejaba morir.

Había elegido Londres y la soledad, ¿quería de verdad cambiar uno de esos dos factores?

## 2

El sonido del timbre había cambiado desde que había vuelto a casa o quizá antes nunca se había parado a escucharlo. Al principio se planteó desconectarlo, cuando le hacía retumbar la cabeza y le provocaba el impulso de arrancarse los ojos, pero poco a poco se había acostumbrado. No había tenido más remedio. Podía cambiarlo, pensó mientras bajaba la escalera y oía también a su gata Nocturna acercándose a él. A ella también la había odiado al principio. Si no hubiese sido un regalo de su hermana, la habría llevado al primer centro de acogida de animales que hubiese encontrado, aunque de haberlo hecho lo más probable era que la gata se hubiese escapado y hubiese vuelto con él; era terca como una mula.

«Como tú», le respondía siempre su hermana cuando él se quejaba. Entonces Adam sonreía porque ¿qué clase de persona regala una gata en vez de un perro guía a alguien que acaba de perder la vista? Alguien como Jenn, al parecer.

—Has tardado mucho.

—Yo también me alegro de verte, hermanita.

Cerró la puerta tras notar que el viento frío de Londres le daba los buenos días.

—No hagas bromas sobre tu ceguera.

Ah, sí, su ceguera, cómo podía olvidarlo. No podía.

—¿Es demasiado pronto para bromear sobre ello? Nunca me había planteado si existe un protocolo sobre este tema. De existir, seguro que lo ha escrito un inglés: Cómo estar ciego con educación. —Se giró hacia el lugar donde se había detenido Jenn. Ella sabía que él se sentía más cómodo si la persona con la que estaba hablando se movía despacio, así tenía tiempo de situarse.

—No, Adam, no es que sea demasiado pronto —suspiró—, pero me siento demasiado culpable.

Él la estrechó entre sus brazos sin decir nada. Adam y Jenn siempre se habían tenido el uno al otro, aunque al mismo tiempo siempre había existido una especie de distancia entre los dos; quizá se debía a los años que los separaban o a que habían perdido a sus padres en ese accidente de coche cuando él, Adam, acababa de cumplir los dieciocho, convirtiéndolo así en algo más que en el hermano mayor. La ceguera, las circunstancias que la habían provocado, les había cambiado profundamente a los dos y Adam empezaba a darse cuenta de que la relación con su hermana también había dejado de ser la misma, para mejor. Era absurdo que algo tan horrible como perder la vista tuviese alguna buena consecuencia, pero eso era lo que estaba pasando entre él y Jennifer.

Adam había descubierto que echaba de menos a Jenn y, aunque despertarse por la mañana y seguir a oscuras le resultaba un infierno, no quería que su hermana se diese cuenta. Jenn tenía que superar lo que había pasado y el papel que ella había desempeñado en todo aquello. Adam no quería que la distancia de antes reapareciese entre los dos. Quería eliminarla para siempre.

Él buscaba maneras de sacar el tema, de obligarla a hablar de esa noche ocho meses atrás. De momento ninguna había funcionado, a pesar de que contaba con la ayuda de las amigas de ella. Con Jenn todavía en sus brazos sonrió al recordar lo escandalosa que le había parecido Keisha en el pasado y lo agradecido que le estaba ahora. El único avance que había logrado había sido que Jenn se fuese del piso que había compartido con Ryan y se instalase con ella.

—Ya estoy bien —susurró Jenn—, puedes soltarme. No quiero arrugarte la camisa.

—No me daría cuenta.

Jenn golpeó cariñosa el torso de su hermano mayor y después, sin que él se diera cuenta, se puso de puntillas y le plantó un beso en la mejilla.

—He venido a buscarte para salir a almorzar. No puedes decirme que no, Adam.

Era exactamente lo que iba a decirle, hoy no le apetecía salir a la calle. No lo temía, no tenía ninguna intención de convertirse en un loco ermitaño; lo único que sucedía era que apenas había dormido y enfrentarse al exterior le exigía todavía mucha concentración. Meses

atrás no habría dudado en aceptar la invitación de su hermana, aunque lo más probable hubiese sido que Jennifer no lo hubiese encontrado en casa una mañana como aquella. Ahora estaba a menudo y era lo que él prefería. Muchos aspectos de su vida anterior perdían atractivo cuando intentaba reincorporarlos a su nuevo yo y dudaba que se debiese únicamente a la ceguera. Sin embargo, almorzar con Jennifer no era uno de ellos. Todo lo contrario, quería estar con ella, pero no había pegado ojo en toda la noche y la falta de sueño le habían provocado un dolor de cabeza que se convertiría en migraña si tenía que salir. El médico le había explicado que las punzadas que sentía ahora en las sienas —como si alguien le estuviese clavando agujas en los lóbulos laterales— desaparecerían con el tiempo, cuando acabase de acostumbrarse a su nueva e irreversible situación y los sonidos y la oscuridad no le afectasen tanto. Lo que a Adam le costaría más asumir, él lo sabía perfectamente, era que la gente que lo conocía lo mirase con lástima o incluso con cierta incomodidad. Él no era famoso, pero Londres, en contra de lo que cree el resto del mundo, no es una ciudad tan grande ni tan cosmopolita, al menos en lo que a chismes se refiere. El trabajo de Adam le había otorgado cierto estatus, cierta reputación, y la historia de su ceguera había aparecido en las noticias. A veces alguien lo reconocía y el suspiro que acompañaba al saludo y las palabras de consuelo o de pésame conseguían sacar lo peor de él. Adam se mordía la lengua y se apresuraba a alejarse de esa persona cuando en realidad quería gritarles: «No estoy muerto, solo me he quedado ciego».

Tampoco se había convertido en una persona mística ni especialmente religiosa, sencillamente empezaba a darse cuenta de que tenía suerte de estar vivo y quería hacer precisamente eso, vivir. Aunque su nueva vida fuese completamente distinta a la anterior. Y esa nueva vida exigía que se tomase un analgésico para aliviar un poco el dolor de cabeza y que fuese a comer con su hermana pequeña.

—Está bien, de acuerdo —aceptó a regañadientes—. Espera aquí, iré arriba a ponerme los zapatos. No, no hace falta que me acompañes.

Los primeros meses había necesitado la ayuda de Jenn, había necesitado prácticamente la ayuda de todo el mundo, pero ya no. Él no era idiota, sabía que existían situaciones en las que siempre dependería de alguien, pero se había esforzado mucho por minimizarlas y su-

bir a su dormitorio, en la casa en la que llevaba viviendo desde hacía más de tres años, no era una de ellas.

Fue hacia la escalera, notó la incomodidad de Jenn al apartarse para dejarlo pasar. Antes nunca habría dicho que las reacciones de los demás eran palpables, quizá no lo eran cuando podías verlas, y nunca habría imaginado lo mucho que utilizaba los ojos para entender los sentimientos ajenos. No le dijo nada a su hermana, ella le diría que eran imaginaciones suyas y se negaría —otra vez— a hablar del tema. Subió con Nocturna maullando a su lado y entró en el dormitorio. En su mente veía ahora la habitación iluminada, veía la cortina arrinconada en la esquina para que entrasen el sol o las calles de Primrose Hill, veía las zapatillas de correr a los pies del sofá y esa fotografía en la que él y Jenn estaban con sus padres encima del mueble que había bajo la ventana. Era del último viaje a Brighton. Se frotó el rostro, de nada servía lamentarse, se apretó el puente de la nariz y notó que la cicatriz le escocía. Sabía que la quemazón no era real, la piel había sanado a la perfección, sus ojos no lo habían logrado y a veces su mente se negaba a aceptarlo, de allí los dolores de cabeza.

Fue al baño que estaba junto al dormitorio, en el pasado nunca se había parado a analizar lo conveniente que resultaba tener las dos habitaciones tan cerca. Lo habían diseñado así al reformar la casa; Erika, su ex, había insistido. A Erika le gustaban mucho las comodidades y en su vida no tenía cabida nada ni nadie que no se las proporcionase, como había demostrado que lo abandonase después de que él volviese a casa. Había esperado un mes, le recriminó ella cuando él la insultó por haberlo engañado.

El dolor de cabeza aumentó en cuestión de segundos. Pensar en su ex solía producirle ese efecto.

Abrió el agua del grifo y se refrescó la cara. A tientas encontró el bote de analgésicos y se tomó uno. Recordó una discusión horrible en la que Erika le preguntó si, ahora que estaba ciego, seguía poniéndose frente al espejo, ¿dónde iba a lavarse los dientes si no, en el retrete? No quería pensar en Erika, le había costado adaptarse a su nueva vida y lo había logrado, y pensar en su egoísta y fría ex le hacía sentirse como un estúpido y se ponía furioso porque no tenía más remedio que reconocer que las diferencias entre él y Erika meses atrás no eran tantas. Se secó el rostro y se echó un poco de colonia. Si todo estaba en

el lugar preciso no tenía ningún problema para encontrar lo que buscaba. Eligió un par de zapatos negros del armario. Sonrió al recordar lo que le dijo una enfermera en su último día en el hospital: «Es una suerte que le guste tanto el negro y siempre se vista de ese color, así no saldrá a la calle hecho un payaso». La señora le colocó un jersey en la mano, negro, supuso él, y Adam sonrió por primera vez desde que el médico le había confirmado el estado de sus heridas y cedió al extraño impulso de abrazar a esa pobre mujer. Hasta ese instante ni siquiera se había dado cuenta de que solía vestir siempre de negro. Compraba la ropa que le gustaba sin prestar atención, sin fijarse en nada.

Otro aspecto de su vida que había cambiado drásticamente: ahora sentía la necesidad de absorber y retener cada detalle.

Jenn estaba esperando a su hermano en el sofá. Había dudado si ojear uno de los libros que seguían en las estanterías o encender la tele, pero había descartado las dos opciones. Cuando no estaba con Adam, podía contener en cierta medida sus ataques de culpabilidad, pero en esa casa sentía náuseas solo con imaginarse haciendo algo que él ya no podía hacer.

Nocturna saltó sobre su regazo y, al levantar la vista, vio que Adam acababa de bajar la escalera. Se puso en pie y le sonrió. Sentía un profundo alivio cada vez que lo veía vivo frente a ella; esa cicatriz que le surcaba desde la raíz del pelo hasta el pómulo izquierdo le recordaba lo cerca que había estado de perderlo. Y que todo había sido culpa suya.

—¿Adónde piensas llevarme a almorzar?

—¿Llevarte? ¿Eso implica que tengo que pagar yo? Porque si es así, tendrás que conformarte con un café.

—Bebo té.

—Lo sé.

—Está bien —suspiró él con una sonrisa—, invito yo.

A pesar de que se alegraba de pasar la mañana con Jenn, Adam presentía que esa visita no era solo para ir a almorzar con él; ellos hablaban a diario, el día anterior ella no le había comentado nada sobre esos planes y el cuero del asiento del taxi no paraba de quejarse bajo los dedos de su hermana. Estaba nerviosa.

—¿Qué sucede, Jenn? —se resignó a preguntarle. Si pudiera verle los ojos tal vez adivinaría qué la tenía tan preocupada, pero ya había decidido que de nada servía soñar en imposibles.

—No te enfades.

—Esa frase garantiza casi con total seguridad lo contrario. Dime qué te pasa.

—No vamos a almorzar solos.

—¿Con quién has quedado, Jennifer? Si esto es otro de tus intentos para encontrarme pareja, deja que te diga que puedo apañármelas perfectamente solo. El fin de semana pasado sin ir más lejos...

—Si tiene que ver contigo desnudo, no quiero saber qué hiciste el fin de semana pasado, Adam. Me estoy tapando los oídos.

Que ella le explicase lo que estaba haciendo logró que el incipiente mal humor de él se desvaneciera.

—¿Con quién vamos a almorzar?

—Con Montgomery. No te enfades.

Adam giró el rostro hacia la ventana, no se había quitado las gafas de sol y agradeció la protección. La luz ya no le hacía tanto daño como al principio, pero no quería que Jenn viese que acababa de apretar los párpados. Él llevaba semanas evitando a Montgomery, lo más parecido a un mentor que tenía. Desde que se había quedado ciego, Montgomery lo trataba como si fuera a hundirse ante la menor crítica o comentario fuera de tono. Antes no tenía ningún problema en discutir con él o en decirle siempre lo que pensaba. Adam había tardado unos días en darse cuenta de que su amigo y profesor había cambiado y, cuando se lo echó en cara, a Montgomery no le sentó nada bien. Llegó incluso a alzar la voz, una buena señal, Adam estuvo a punto de cantar victoria y de abrazarle, pero entonces Montgomery se fue dando un portazo.

Monty —lo llamaba así cuando quería hacerle enfadar y ahora estaba furioso con él, así que quedaba justificado— le había llamado varias veces desde entonces y había dejado los pertinentes mensajes en el contestador, mensajes afables en los que se culpaba de lo sucedido y le pedía perdón por haber perdido los nervios. Adam lo había estado evitando porque tenía miedo de estrangularlo si se le ponía delante; su ceguera no iba a ser ningún problema para encontrar el cuello de un hombre que medía metro ochenta y cinco y pesaba casi cien kilos. Además, él era aún más alto, más fuerte y mucho más joven. Podría ser su hijo, su nieto incluso.

—No estoy enfadado —dijo tras unos minutos.

La mano de su hermana se posó en la que él había dejado en el asiento del coche y le apretó los dedos. Lo que más echaba de menos no era ver, jamás se acostumbraría a la pérdida de la visión y no era de la clase de hombre capaz de buscarle el lado romántico a esa desgracia, pero lo que más echaba de menos era poder hablar de lo que pensaba con normalidad. Él nunca se habría definido como un hombre extrovertido o en contacto con sus sentimientos, pero, ahora que no podía hablar de ellos porque al hacerlo hería a Jenn o incluso a Montgomery, lo necesitaba. Iba a tener que buscar la manera de convencerlos a ambos de que había cambiado y que estaba dispuesto a ser feliz, que no iba a derrumbarse si alguien pronunciaba la frase «me alegro de verte» delante de él o si se dirigían a él con un «mira, Adam». Estaba harto de tener que andar de puntillas por la vida. Y que tuvieran pavor de pronunciar cualquier verbo relacionado con la vista delante de él le ponía de los nervios.

—Tenéis que hacer las paces. Marianne me llamó para decirme que estaba insoportable.

Adam soltó el aliento.

—Monty es insoportable. Y Marianne, una santa por llevar tantos años casada con él.

—Ha intentado disculparse, ¿por qué no le has cogido el teléfono?

—Porque no quiero que se disculpe, me gustó discutir con él. —Se atrevió a mirarla. Él sabía que no la vería, pero guio los ojos hacia donde estaba su hermana. Quería que ella sintiese que lo que iba a decirle era importante—. Igual que me gusta discutir contigo, Jenn. No voy a romperme. Tenéis que dejar de tratarme como a un enfermo. No lo estoy. Solo estoy ciego.

Los brazos de Jenn le rodearon el cuello.

—Oh, Adam.

Él la abrazó y se dijo que no podía enfadarse con su hermana porque lo abrazase y le diese un beso en la mejilla, y tampoco por la lágrima que ella le había pegado en la piel. No podía enfadarse por eso y afortunadamente el taxi se detuvo y evitó que tuviera tiempo de hacerlo. Jennifer pagó al conductor; reaccionó tan rápido que Adam no tuvo tiempo de buscar la cartera. Todavía le faltaba práctica en eso de abrir la cartera y reconocer los billetes y monedas por el tacto. Bajó del

vehículo y metió la mano en el bolsillo del abrigo para extraer el bastón plegable que llevaba.

—No hace falta. —Jenn lo detuvo y le tomó la mano para ponerla en su antebrazo—. Podemos entrar juntos.

—De acuerdo —sonrió Adam—. Así al menos me mirarán por ir acompañado de una mujer guapa.

—Y a mí me odiarán todas las mujeres del restaurante por ir colgada del brazo del hombre más atractivo de la ciudad.

—No digas tonterías, Jenn. Si no me falla la memoria, soy el hombre más atractivo de Inglaterra y tú la chica más guapa de toda la isla. Y nada de lo que hagas podrá demostrarme lo contrario.

—Estás loco, Adam.

—No creo —bromeó con ella, sabía que la había hecho llorar y quería compensarla—. ¿Entramos de una vez?

Había estado en ese restaurante en ocasiones anteriores y podía recordarlo bastante bien. Ser buen observador y tener buena memoria le habían ayudado muchísimo desde su salida del hospital. Jenn no se apartó de su lado y, tras saludar al metre, que les recalcó lo mucho que se alegraba de verlos, sortearon los obstáculos que se interponían entre ellos y llegaron a la mesa donde los estaba esperando Montgomery.

Montgomery llevaba diez minutos esperando, había llegado temprano, como siempre; las prisas no le gustaban y había salido de la Royal con tiempo. Había ido andando, ya no podía salir a correr como antes y le iba bien hacer un poco de ejercicio. Se arrepentía de haberse discutido con Adam, sabía perfectamente que él estaba furioso porque lo llevaba entre algodones, pero ¿qué esperaba? Les había dado un susto de muerte a todos. Jamás olvidaría esa noche, la llamada de la policía, el trayecto desde Kensington hasta el hospital y lo que siguió después. Hasta esa noche él ni siquiera sabía que era la persona de contacto de Adam, la segunda. Primero estaba Jennifer, obviamente.

Vio llegar a los dos hermanos y se puso en pie. Sonrió al ver a Jennifer y se le revolvió el estómago un segundo ante las gafas de Adam.

—Hola, gracias por traerle, Jenn. —Abrazó a la chica y le dio un beso en la mejilla—. Me alegro mucho de que estés aquí.

—Yo también, Montgomery.

—Lamento haberme comportado como un cretino, Adam. —También lo abrazó. No le dio oportunidad de rechazarlo. A lo largo de los años que hacía que se conocían esa no era la primera vez que lo abrazaba, aunque quizá sí fuera la que lo hacía con más fuerza.

—Tienes que dejar de tratarme como a un enfermo, Monty.

—Lo sé —reconoció al instante y ni siquiera se enfadó por el uso del diminutivo. En realidad, le pareció una muestra de cariño y le gustó, aunque no pensaba decírselo.

Adam le devolvió el abrazo antes de soltarlo y se sentaron a la mesa. Jenn se encargó de la conversación mientras ellos dos recuperaban la compostura, y les habló de la última aventura de Keisha, su compañera de piso. Había quedado con un contacto de Twitter e intentaron colarse por una ventana del teatro donde Jon Snow, el actor que interpretaba ese personaje en la serie Juego de tronos y del que nadie recordaba su verdadero nombre, estaba ensayando su próxima obra de teatro. Últimamente los escenarios de Londres estaban repletos de actores de series de televisión.

—Esa chica tendría que replantearse muchas cosas. No debería quedar a las doce de la noche en un callejón de Londres con un tipo del que solo sabe que se llama Sirius89.

—Eres demasiado mayor para esto, Montgomery.

—No, no lo soy, es un milagro que tu amiga solo tuviera que explicarle a la policía por qué estaba intentando escalar la pared de ese edificio y no haya terminado en la morgue o en la cárcel. Seguro que ese tal Snow pide una orden de alejamiento.

—Déjalo, Montgomery, Keisha es así, probablemente pensó que alguien con un alias sacado de Harry Potter no podía ser muy peligroso, ¿me equivoco? —intervino Adam.

El camarero los interrumpió, dejó los platos y se retiró. Adam oyó que su hermana y Montgomery empezaban a comer con normalidad, mientras él le preguntaba a ella por su trabajo y ella le respondía que se alegraba de haber vuelto y que, aunque le encantaba la nueva escuela, seguía echado de menos a los alumnos de su anterior clase. Eran instantes como aquellos los que más daño y miedo le provocaban a Adam, cuando no podía ver la mirada de ilusión de Jennifer. Ni la mirada, ni su sonrisa, ni el modo en que

seguramente se había sonrojado al oír a Montgomery dándole ánimos, diciéndole que era una magnífica profesora. Sacudió la cabeza porque durante un segundo recordó la última vez que sus ojos de verdad captaron la imagen de su hermana: a él le subían a la ambulancia y ella no paraba de llorar a su lado. Había intentado arrancarse ese recuerdo, por qué no había quedado ciego segundos antes, se preguntó, así la recordaría sentada en el sofá riéndose de él o disfrazada de oveja cuando eran pequeños, o tal vez arreglada para asistir al baile del instituto.

Alargó la mano en busca del tenedor. Se obligó a recordar que había decidido ser fuerte y optimista. La gente siempre relaciona comer con el sentido del gusto o del olfato y no es consciente de la importancia que tiene la vista en este acto tan cotidiano y necesario. Él no lo fue hasta que la perdió. Había elegido unos platos fáciles después de que su hermana le leyese la carta, una ensalada y pasta; aun así, no quería tirar nada al suelo. Pedir ayuda no le resultaba fácil, pero se estaba acostumbrando.

—Jennifer, descríbeme el plato, por favor.

Oyó que dos tenedores, el de Jenn y el de Montgomery, tocaban los platos de cerámica. Oyó que su hermana suspiraba y que Monty carraspeaba. Fue su amigo quien le describió la distribución de la ensalada y del resto de la mesa, copas, botellas de agua, de vino y del pequeño jarrón con una margarita y un tallo verde sin identificar con absoluta precisión utilizando como referencia las posiciones de las agujas de un reloj.

—Gracias. —Adam se colocó la servilleta y pinchó el primer bocado. Tenía ganas de sonreír y lo hizo.

—De nada. Quién me iba a decir que un día me alegraría de que mi padre me hubiese obligado a asistir a esa maldita escuela militar.

—Oh, esto tienes que contárnoslo, Montgomery —le pidió Jennifer.

—¿Qué queréis saber?

—Todo.

Adam no podía imaginarse a Monty de pequeño, y mucho menos en una academia militar. Debía ser alto y desgarbado y con cara de sabelotodo, por no mencionar su gran pasión por la música y por decir siempre lo que pensaba.

—Está bien, de acuerdo.

Les cambiaron el primer plato por el segundo, y Montgomery describió el contenido del de Adam en medio de la anécdota que estaba contando y Adam lo interpretó como prueba fehaciente de que el otro hombre estaba intentando acostumbrarse a su ceguera. No dijo nada, no quería darle más importancia, a pesar de que la tenía toda, y alargó la mano en busca de la copa de vino. Oía las conversaciones de las otras mesas, el trajín de los empleados del concurrido restaurante e intentó pintar la imagen tras los párpados. No lo hacía para torturarse, simplemente no podía evitarlo. Si hubiera perdido la capacidad de imaginar, habría muerto, de eso no tenía ninguna duda, y, dado que la retenía, no cesaba de utilizarla. Se imaginaba el aspecto que tendría la familia que ocupaba la mesa que quedaba a su izquierda, las frases que le habían llegado al azar le decían que estaban de vacaciones, aunque el padre tenía acento londinense. Después intentó recordar el aspecto del camarero, creía haberle reconocido la voz y, si la memoria no le fallaba, era un hombre bajito con la cabeza rasurada y una barba blanca perfectamente cuidada.

Intentó imaginarse el aspecto que tendría hoy Montgomery. No llevaba traje, lo había notado al abrazarlo, pero ¿se habría puesto una pajarita y una de esas camisas a cuadros que su esposa aborrecía o llevaba una de esas azules que, según él, le hacían parecer más joven? La ropa no le importaba a Adam, antes no le había prestado nunca demasiada atención, pero se había dado cuenta de que esa clase de detalles le ayudaban a crear fotografías mentales más precisas. Más reales. ¿Estaría Montgomery sonriendo relajado o tendría los ojos enrojecidos por el cansancio y el insomnio? Eso era lo que a Adam más le preocupaba, no quería olvidar las expresiones de las personas que formaban parte de su vida.

—Jenn, ¿Montgomery tiene ojeras?

—¿Qué?

—¿Disculpa? Yo no tengo ojeras.

—Sí, sí que tiene —le respondió Jennifer—. Parece cansado.

—¿Por qué estás cansado, Monty?

El almuerzo estaba siendo muy agradable, su hermana había hecho bien en obligarle a salir de casa e ir a comer con ella y con su amigo, la comida había estado bien y él había conseguido no derra-

mar nada y no llamar la atención. Había llegado el momento de averiguar cuál era el verdadero motivo de todo aquello.

—Quiero que vuelvas al trabajo. Tienes que volver a componer.

—Que yo recuerde —Adam dejó el cubierto y la preocupación por su amigo a un lado—, hace mucho tiempo que no trabajo para ti, Montgomery. Y no pienso volver a componer.

# 3

Montgomery Dwright supo que había formulado su petición de la peor manera posible en cuanto vio la mueca irónica de Adam; la respuesta verbal de su amigo únicamente se lo confirmó. Era lamentable que un hombre de su supuesta inteligencia y recursos intelectuales, por no mencionar ni su edad ni su experiencia, hubiese sido tan torpe y tan brusco. En su defensa solo podía decir que estaba emocionado.

Era la primera vez en mucho tiempo que volvía a estar frente al Adam que él recordaba.

Adam no trabajaba para la Ópera de Londres, lo había hecho años atrás, al terminar los estudios y durante bastante tiempo, pero desde el principio Montgomery había sabido que no iba a poder contar con él para siempre. Adam tenía demasiado talento y era demasiado inquieto.

Y no había nada que lo retuviera en ninguna parte.

Lo que Montgomery había querido pedirle era que no renunciase a la música, pero había metido la pata y su amigo se había puesto a la defensiva después del fiasco.

Adam había seguido comiendo y bebiendo, charlando casi igual que antes, pero sus movimientos eran más bruscos, una advertencia clara de que se levantaría y se iría si Montgomery verbalizaba lo que estaba pensando. Así que Montgomery intentó morderse la lengua, pero no lo consiguió del todo:

—Tienes que volver a componer, Adam.

—No, Montgomery, no tengo que volver a componer. ¿Te importaría llamar al camarero? Creo que al final me tomaré ese café que he rechazado antes.

Montgomery dio por zanjada la conversación y le sonrió a Jenn encogiéndose de hombros. Lo había intentado, pésimamente, y no

había funcionado. No se daría por vencido, esperaría y atacaría otro día. Tal vez al final su padre le había hecho un favor apuntándole a esa academia militar. Irónico, pensó.

Adam no necesitaba el dinero que la Ópera pudiera ofrecerle y, aunque Montgomery se alegraba de la buena salud financiera de su amigo, todo sería mucho más fácil si necesitase urgentemente un empleo. Sin embargo, Montgomery tenía el presentimiento de que, incluso en ese caso, Adam se resistiría. La fuerza de voluntad de Adam era quizá lo que lo había salvado esa noche en urgencias y lo que había evitado que sufriese una depresión al salir ciego del hospital, la fuerza de voluntad y su espíritu luchador; y también esos eran los mayores obstáculos que Montgomery tenía que sortear si quería que Adam volviese a componer y a tocar. Su amigo había decidido que la música no formaba parte de su nueva vida y no iba a resultarle nada fácil convencerle de que se equivocaba.

Podía parecer presuntuoso, quién era Montgomery para juzgar a Adam, pero no lo era.

Montgomery había conocido a Adam en una época muy difícil y, si la música lo había salvado entonces, también lo salvaría ahora. El problema era que, cuando tenía dieciocho años y perdió a sus padres, Adam se refugió en cierto modo en la música y ahora, con la ceguera, estaba haciendo justamente lo contrario, estaba huyendo de ella.

Montgomery no podía quitarse de encima el presentimiento de que, sin la música, Adam dejaría de existir. O peor, moriría. Dios, él jamás permitiría eso. Montgomery quería a ese chico testarudo y obstinado como si fuera hijo suyo. Y le gustaba creer que los padres de él opinarían igual de estar vivos. Nadie que hubiese escuchado una de las creaciones de Adam le encontraría el menor sentido a que él dejase de componer.

Los padres de Adam y Jennifer habían sido personas precavidas, buenos padres que habían hecho las provisiones necesarias por si algún día les sucedía una desgracia. Probablemente ni el señor ni la señora Lewis se habían imaginado que ese día llegaría tan pronto, o que les llegaría estando juntos, pero así había sido. El matrimonio falleció en un accidente de coche; había unas obras, llovía y un coche se saltó la intersección. Murieron en el acto y Adam y Jennifer recibieron una considerable cantidad de dinero. Por fortuna para los dos jó-

venes también heredaron la inteligencia y el carácter previsor de sus padres, al menos en lo que se refería a asuntos económicos. Adam, aunque era mayor de edad cuando los perdió, se encomendó al gestor de la familia e invirtió con cautela y la dosis justa de temeridad. Ni Adam ni Jennifer eran millonarios; los dos trataban con mucho respeto el dinero que habían obtenido del seguro, pero Montgomery sabía que los hermanos gozaban de estabilidad económica.

Otra prueba de la inteligencia de Adam, o así lo interpretaba Montgomery, era que desde el principio había reconocido y defendido su vocación y talento para la música. Monty sabía que, en ningún momento, ni siquiera después del accidente de sus padres, Adam se había planteado cambiar el piano por nada. Jennifer era igual, siempre había querido ser maestra y en eso se había convertido.

El dinero no serviría para convencer a Adam, y también sería inútil recorrer a conceptos como la seguridad o la estabilidad que proporcionaba tener un trabajo. Había sido una estupidez empezar así la conversación.

Tendría que haberle recordado que él respiraba a través de las partituras que componía, que los momentos más felices de su vida habían trascurrido frente a un piano, probablemente sin público, y con un lápiz o uno de esos absurdos rotuladores negros que él tanto insistía en utilizar y Montgomery tanto odiaba. Tendría que haberle hablado de eso, de las noches y de los días que se había pasado buscando la nota perfecta y de lo vivo que se sentía cuando la encontraba. Tendría que haberle dicho que él amaba la música, que ese siempre había sido el amor de su vida y no esas mujeres despampanantes que lo habían utilizado, o se habían utilizado mutuamente, supuso.

Tal vez hubiera gente que pudiera vivir sin amor, pero no era el caso de Adam.

El amor de su vida era la música y sin ella él jamás sería feliz.

Tendría que haberle dicho todo eso, pero tras ese pésimo principio había preferido no insistir, pues le había echado de menos durante los días que habían estado enfadados y no quería repetirlos. Por suerte, Adam también debía de haberle echado de menos porque lo abrazó al irse y le prometió que hablarían pronto.

Montgomery abandonó el restaurante sin resolver ese asunto y, de vuelta a casa, lo asaltó la añoranza y recordó cómo se habían conocido él y Adam diez años atrás.

En esa época, él era director adjunto de la Royal Opera de Londres y había aceptado dar un par de conferencias al mes en la universidad sobre cómo gestionar salas de conciertos, teatros y óperas, aunque nunca había logrado convencer a ningún músico o compositor sobre la importancia de una buena organización o gestión de dichos establecimientos. A eso se dedicaba, allí residía su magia a pesar de que era un músico competente y de que tenía un oído excelente para detectar el talento, Montgomery Downright había prosperado inusualmente rápido en una institución tan arcaica como la Royal porque era un genio de la contabilidad y gracias a él los números rojos habían empezado a desaparecer del balance. Le gustaba su trabajo, siempre había defendido que la música y las matemáticas estaban mucho más relacionadas de lo que ninguna de las dos áreas de conocimiento reconocía públicamente. Eran amantes, así solía explicarlo él cuando alguien se interesaba de verdad por su filosofía, amantes secretas que se deseaban la una a la otra de noche y de día fingían no conocerse. Adam se rio el día que Montgomery pronunció esa teoría en voz alta; no se rio con desprecio, soltó una carcajada sincera, de esas que salen del interior de la caja torácica y que provocan una sonrisa en las personas que la escuchan.

—Es genial —dijo aquel día Adam sentado en la última fila del aula—. Gracias, profesor.

Montgomery no supo qué decirle, el joven se calló, balanceó el bolígrafo entre dos dedos y el resto de asistentes, que se habían girado a mirarlo, poco a poco volvieron a darse media vuelta.

La conferencia llegó a su final, Montgomery esperó frente a la pizarra en la que había garabateado unos datos. Él prefería salir el último y pasear tranquilo por el pasillo. Utilizaba esos minutos para recordar sus años de estudiante y le gustaba oír las notas que se escapaban de las distintas salas de ensayo que había esparcidas por el edificio.

—No quería ofenderle, profesor.

Levantó la vista de la agenda y se encontró con el joven de la carcajada.

—No soy profesor, solo doy estas conferencias de vez en cuando.

—Yo soy Adam, Adam Lewis. —Le tendió la mano.

—Montgomery Downright. ¿Por qué me ha dado las gracias, señor Lewis?

—Por hacerme reír —confesó Adam con naturalidad—, y por recordarme a mi padre. Murió hace un par de años.

—Lo siento, señor Lewis.

—Llámeme Adam. —Se encogió de hombros—. Mi padre era abogado y solía decir que la música le parecía más una ciencia que un arte. Me ha recordado a él.

—Entiendo. ¿Y usted qué opina, Adam?

—Opino que la música es pasión, un sentimiento. —Se llevó una mano al pecho durante unos segundos y después se tocó la frente—. Y que hay que saber gestionarlo con cabeza.

—Es una teoría interesante.

—No me haga demasiado caso —siguió él—, mi hermana dice que aprendí a tocar el piano para ligar, aunque yo no recuerdo que me interesasen demasiado las niñas en el parvulario.

—¿Aprendió a tocar tan joven o está fanfarroneando, Adam?

—Las dos cosas.

Aquel día Montgomery volvió a casa sin más, aunque en su siguiente visita a la universidad buscó a Adam Lewis entre los alumnos y preguntó por él a uno de los profesores con los que solía tomar un café antes de empezar la clase. Coincidieron de nuevo y charlaron otra vez por el pasillo. A lo largo de varios meses Montgomery llegó a esperar con ciertas ansias y mucha curiosidad esas conversaciones, y hasta le habló a Marianne, su esposa, de ellas.

La cordial amistad que nació entre Montgomery y Adam habría seguido un camino tranquilo o quizá se habría interrumpido si Montgomery no hubiese oído a Adam tocar el piano una mañana. Ese día él no tenía que acudir a la universidad, pero el director de la Royal, su predecesor y en aquel entonces jefe, le pidió que lo sustituyese en una audición. La Royal Opera iba a celebrar un concierto con estudiantes de música. Había sido idea de Montgomery, quien se había ganado el apoyo de la dirección casi de inmediato, e incluso ahora era uno de los proyectos que más lo enorgullecían. Dado que los estudiantes de música no recibían la misma contraprestación económica que los miem-

bros de las orquestas profesionales, las entradas tenían un precio muy asequible y la ópera que representarían sería también muy popular. El objetivo del concierto era demostrar que la Ópera formaba parte de la vida diaria y que cualquier persona podía entrar en ese edificio y dejarse llevar por la música. Y al mismo tiempo ofrecer a los estudiantes la posibilidad de tocar allí y de descubrir que, por impresionantes que fuesen esas paredes o la historia que contaban, solo era un local donde la música sonaba increíblemente bien.

El director de la Royal iba a seleccionar los músicos junto con un equipo de profesores de la universidad y dos miembros de la fundación que los ayudaba a financiar el acto, y le pidió a Montgomery que ocupase su lugar, pues se había olvidado de anular una cita con uno de los donantes más importantes de la institución.

A Montgomery le gustaba escuchar música y odiaba —todavía ahora— hacer la corte, así que aceptó entusiasmado sustituir a su jefe en la universidad.

Adam se sentó al piano durante unos segundos, los que Montgomery tardó en reconocerle y en comprobar que el nombre de su peculiar amigo estaba efectivamente en la lista de candidatos. Le molestó que este no se lo hubiese dicho. Pero el principio de enfado desapareció en cuanto Adam tocó la primera nota.

Montgomery se quedó sin aliento y recordaría la emoción de ese momento hasta el día de su muerte. Adam daba vida a la música. Esa partitura, que él había escuchado miles de veces y que incluso sabía tocar, era otra a través del talento de Adam. No, Adam tenía mucho más que talento, tenía pasión y alma y estas impregnaban del primer al último compás. Llegó al final de la pieza y el silencio ofendió a todos. Montgomery giró el rostro hacia los hombres y mujeres que estaban sentados a su lado. «¿No vais a decirle que siga tocando?», pensó. Se miraron absortos y la única que consiguió reaccionar fue una de las profesoras que le entregó a Montgomery la carpeta con el nombre de Adam. Él, que seguía en el pequeño escenario de la sala, se apartó del piano y les dio las gracias por haberle escuchado.

De aquel día hacía casi diez años, pero Montgomery sabía que Adam jamás se recuperaría del todo si abandonaba la música, por mucho que él insistiese en que estaba perfectamente bien y que ahora su vida había cambiado y prefería darle otro rumbo.

Ese era el verdadero motivo por el que había terminado la discusión con Adam de un portazo.

Claro que le había molestado que este le recriminase que lo tratase como si fuese a romperse, que fuese considerado con él y con su ceguera; lo entendía, pero ¡joder, estaba ciego y había estado a punto de morir! Sin embargo, lo que de verdad le ponía furioso era que Adam aparcase la música y fingiese estar dispuesto a seguir como si nada. Él sí que podía estar años sin tocar, por extraño que le hubiera parecido de joven; él era feliz gestionando la Ópera, salvándola de la ruina y acercando la música a la gente. Esa era su obra, su composición, conseguir que la ciudad de Londres y quizá parte de Inglaterra le perdiese el miedo a las óperas y a los conciertos, y que niños y mayores disfrutasen con ellos. Adam no, Adam necesitaba vivir la música, necesitaba componer y Montgomery, aunque solo se había atrevido a confesárselo a Marianne, temía lo que pudiera pasarle a su amigo si se apartaba para siempre de ese mundo.

Llegó a casa, le había pedido al taxi que lo dejase en uno de los jardines que había cerca para caminar el resto del trayecto. Vio la bicicleta de Marianne en la entrada. Con sus sesenta años se mantenía en forma e insistía en ir en bici por el tranquilo barrio donde vivían.

—Ya estoy en casa. —Colgó la bufanda junto al abrigo, la había llevado alrededor del cuello todo el día sin llegar a anudársela.

Marianne apareció con su pelo plateado y esa sonrisa que lograba que Montgomery siguiese preguntándose, incluso después de tantos años de matrimonio, cómo había conseguido conquistarla.

—¿Cómo ha ido? ¿Cómo está Adam?

—Bien, más o menos.

—¿Y Jennifer cómo está?

—Jennifer está bien, está viviendo con una de sus amigas y ha vuelto al trabajo. Ha empezado en una nueva escuela. Creo que necesitaba empezar de cero.

—Esa niña seguro que saldrá adelante. —Se puso de puntillas para darle un beso—. Ven, vamos al jardín de atrás. He comprado flores nuevas.

Montgomery se dejó hacer; él nunca había aprendido el nombre de ninguna de esas flores que tanto le gustaban a Marianne, pero le encantaba escuchar a su esposa hablar de ellas.

—Adam no quiere oír hablar de componer, ni de tocar el piano —le dijo con la esperanza de que Marianne le ofreciese una solución.

—Tienes que darle tiempo.

—Adam no necesita tiempo. Si existiera una medalla al mejor ciego del año, Adam la ganaría, Marianne. Se ha adaptado tan bien a su ceguera que da miedo, ni siquiera está enfadado. Él ha... ha aprendido a utilizar ese jodido bastón, lleva esas gafas de sol negras a todas horas y yo... Dice que quiere llevar una nueva vida.

—Y tú quieres que sea igual que antes y eso, cariño, es imposible.

—No —sacudió la cabeza—, no quiero que sea igual que antes. Quiero que sea él. Adam necesita la música para ser él.

—Quizá ha cambiado.

—No, imposible. Para Adam la música es como respirar.

—¿Estás diciendo que se ahogará si no vuelve a tocar? —Marianne conocía a Montgomery y sabía que su esposo era el hombre menos dado a la exageración del mundo.

—No lo sé. Esa noche, cuando nos llamaron del hospital... —Se frotó el rostro y después miró a su esposa sin poder esconder el miedo que todavía sentía al recordar el instante en que contestó el teléfono y le dijeron lo que había sucedido—. Adam está vivo y es un hombre muy inteligente. Cualquiera que le viera diría que está dispuesto a luchar, a seguir adelante y que se ha tomado lo de quedarse ciego con mucho optimismo.

—Pero tú no crees nada de eso.

—Sé que Adam es un hombre capaz de sobreponerse a cualquier percance. Sobrevivió a la muerte de sus padres y sobrevivió a esa noche hace meses. Pero lo de la música es una decisión consciente, no sé si se está castigando o si tiene miedo.

—Sea lo que sea, cariño, me temo que lo único que puedes hacer tú es ser su amigo, estar a su lado y esperar.

Marianne lo abrazó y Montgomery buscó consuelo en que el almuerzo había sido un verdadero éxito. Tal vez su esposa tuviera razón y lo único que necesitaba Adam era tiempo, pero no había nada de malo en recordarle lo que la música significaba para él.

—No pienses más en eso, Montgomery.

—Está bien.

Jenn volvió al colegio después del almuerzo. Días atrás, cuando Montgomery la llamó para pedirle ayuda, no pudo negarse. Ella sabía perfectamente lo difícil y frustrante que resultaba adaptarse a la nueva actitud de Adam, aunque jamás olvidaría el papel que había jugado Montgomery esa horrible noche.

Ella tendría que haber dejado a Ryan mucho antes, no tendría que haberle dado esa segunda oportunidad, ni la tercera, ni la cuarta. Si lo hubiese echado de su vida entonces, Adam no estaría ciego.

Jennifer tenía catorce años cuando sus padres murieron en aquel accidente de coche y los recordaba a la perfección, aunque, algunos de esos recuerdos se habían difuminado con el tiempo. Adam había hecho lo imposible por sustituirlos y por cuidarla y Jennifer tenía que reconocer que ella no siempre se lo había puesto fácil. Su hermano mayor la había salvado entonces y había vuelto a hacerlo con Ryan. Ahora le tocaba a ella estar a la altura y demostrarle a Adam que podía ser la mujer que él creía y que sabía estar a su lado y ayudarle. Pero él no se dejaba y, además, cada vez que veía a Adam la culpabilidad la carcomía y tenía ganas de llorar, y después se ponía furiosa consigo misma por ser tan egoísta. Montgomery era la ayuda que necesitaba. El director de la Royal Ópera se había convertido en un buen amigo de ambos a lo largo de los últimos años, y tanto él como su esposa formaban parte de la vida de Adam y de la suya. Jennifer tenía una relación maravillosa con Marianne. Durante la semana que estuvo en el hospital para recuperarse de la paliza de Ryan esa mujer fue a verla cada día y no se movió de su lado hasta que empezó a contarle todo lo que había sucedido y, lo más importante, lo que iba a hacer en cuanto le diesen el alta.

La terapia la había ayudado muchísimo, estaba aprendiendo a dejar de sentirse culpable por haber elegido a un hombre como Ryan y, poco a poco, volvía a confiar en sí misma. Ayudar a Adam era ahora lo más importante.

El almuerzo había ido muy bien, Monty había conseguido hacer sonreír a Adam y, durante una hora, todo había vuelto a ser como antes. Hasta que Montgomery le había pedido a su hermano que volviese a componer. Jenn opinaba lo mismo, Adam necesitaba componer, y le dolía no saber por qué este se empañaba en mantenerse alejado de la música. Adam se había negado, incluso se había

puesto sarcástico como si aquella conversación fuese ridícula o le hiciese gracia, pero ella le había visto cerrar el puño encima del mantel. Por mucho que fingiese que todo estaba bien y que llevaba una vida tan plena como cualquiera, a ella no podía engañarla. Su hermano mayor no podía eliminar la música de su vida. Ella era incapaz de recordar a Adam sin música a su alrededor. Él le había regalado una canción cuando cumplió los dieciséis, compuesta por él, obviamente. Y todos los años añadía otra composición a la colección. Eran canciones cortas y, cuando Adam se ponía al piano para tocárselas, añadía letras horribles que la hacían enfadar, pero para ella eran y serían siempre preciosas.

La relación con su hermano no siempre había sido fácil; en realidad, esos últimos años había sido bastante difícil o, mejor dicho, inexistente. Sí, él seguía llamándola por Navidad y por su cumpleaños, que era cuando le regalaba la canción, pero se ignoraban bastante durante el resto del año. Era como si no consiguieran conectar. Jennifer siempre había sabido que su hermano la quería y que podía contar con él, pero cuando hablaba de él con sus amigas o incluso con el desgraciado de Ryan comparaba a Adam con un seguro de vida; sabía que estaba allí si lo necesitaba, pero no recurría a él en su día a día. Hubo una época en la que lo intentó, pero a Ryan no le gustaba —sintió náuseas— y dejó de llamar a Adam para quedar con él. Y Adam no se dio cuenta de que ella había desaparecido de su vida. Hasta que un día las cosas empezaron a cambiar. Ella aún no sabía por qué.

Fue andando de vuelta a casa. Compartir piso con Keisha era una de las mejores decisiones que había tomado desde que salió del hospital. Ojalá lo hubiese hecho antes. Subía la escalera cuando recordó algo, una de las pocas conversaciones que había mantenido con su hermano algunas semanas antes de la paliza de Ryan. Habían quedado para almorzar; ella le había llamado aprovechando que Ryan estaba fuera de la ciudad y Adam la sorprendió y aceptó, por eso se acordaba. Pensó en la alegría de Adam, en el brillo que había en sus ojos al hablarle del proyecto que tenía entre manos. ¿Era ese el día en que las cosas habían empezado a cambiar entre su hermano y ella? Buscó el móvil en el bolso y llamó a Montgomery.

—¿Sí? ¿Jennifer? ¿Estás bien?

Ella cerró los ojos un segundo. ¿Cuándo dejarían sus amigos de preguntarle eso?

—Sí. Estoy bien. Creo que sé cómo convencer a Adam de que vuelva a componer o, como mínimo, a acercarse a un piano. La partitura que encontró Gabriel. Antes de... antes de perder la vista estaba obsesionado con ella.

Montgomery sonrió, Jennifer casi sintió la sonrisa a través del teléfono, y le dio las gracias por haber recordado ese detalle. En medio de todo lo que había sucedido los últimos meses y del trabajo habitual de la Ópera, se le había pasado por alto la opción más clara. La partitura. Ahora le parecía tan evidente que se avergonzó de no haberlo pensado antes. Esa partitura, ese proyecto que en un principio les había parecido un imposible, era quizá lo único que lograría recordarle a Adam que la música formaba parte de él. Pero no podía volver a meter la pata como en el restaurante. Adam no era idiota y era imposible que él se hubiese olvidado de esa partitura. Él jamás se olvidaría de algo así. Tal vez incluso su decisión de dejar de componer y de tocar tenía que ver no solo con la ceguera sino también con esa partitura inacabada, pensó Montgomery. No podía llamarle y decirle que retomase aquel proyecto sin más, Adam se pondría a la defensiva y se negaría en redondo. Y tampoco podía obligarle, todo lo relacionado con la partitura era o un secreto o una locura. Tenía que haber una manera de conseguirlo. De repente, sintió que era primordial que resolviesen el misterio de la partitura, sintió que la vida de Adam en cierto modo dependía de ello. Era absurdo, tendría que hacerle caso a su esposa y dejar de darle vueltas al tema. Llamaría a Gabriel y seguro que entre los tres lograrían despertar de nuevo el interés de Adam.

Jenn se guardó el móvil en el bolsillo y siguió subiendo los escalones. Giró en el rellano del primer piso y chocó con la nueva inquilina, una chica que llevaba una bici colgada del hombro.

—Lo siento —farfulló ella.

—No pasa nada.

Jenn la había visto en un par de ocasiones, pero era la primera que le oía la voz. Días atrás, Keisha le había dicho que la había invitado a pasarse y que la recién llegada se había negado sin casi ape-

nas saludarla ni darle las gracias. No parecía muy simpática. Según Keisha, la nueva inquilina no era inglesa, sino probablemente americana o australiana. Jenn no sabía decirlo, a ella no se le daba bien lo de identificar acentos y solo la había oído pronunciar una frase. Esa chica bien podía ser de Cornwall y más británica que ellas. Por no saber, ni siquiera conocían su nombre; en el buzón solo figuraba el número de apartamento. Su información se reducía a esas pruebas circunstanciales y a que la había visto salir del edificio con una bicicleta amarilla en el hombro y un gorro algo pasado de moda plantado en la cabeza.

La oyó tararear y se detuvo.

Sonrió de oreja a oreja.

Su vecina de nombre y origen desconocido tarareaba una canción de Chopin.